

De las Revistas Universitarias Mexicanas

Viejos y Nuevos Dilemas de las Revistas Académicas en México

Victoriano Garza Almanza¹

La problemática que plantea la publicación de las revistas científicas y académicas en México se ha discutido por más de treinta años en foros especializados, sin que de ello haya existido retroalimentación y acciones que permitieran a esta clase de empresa evolucionar y posicionarse. Por el contrario, en las instituciones de educación superior del país se cuentan por cientos las revistas que sucesivamente se fundan y que se publican una o a lo sumo dos veces, y que no vuelven a aparecer. Prácticamente son productos *mortinatos*; es decir, que nacen

muertos. A las revistas que mejor les va, permanecen en el medio por largos períodos de tiempo, pero siempre al filo del precipicio, batallando por sobrevivir.

El libro *Viejos y Nuevos Dilemas de las Revistas Académicas en México*, editado por Eduardo Loría con la colaboración de varios autores (Colección:

Ciencias Sociales Serie:

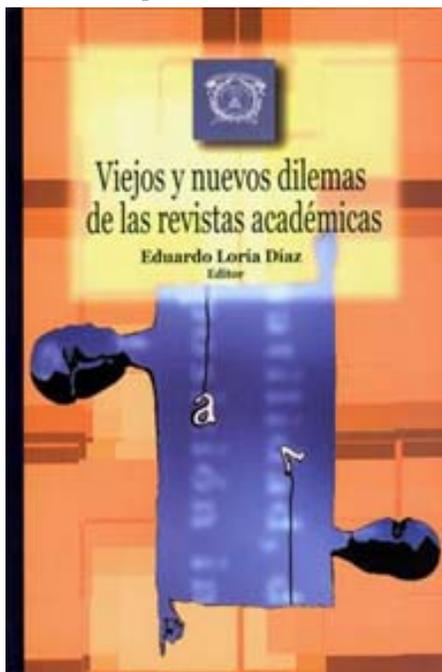
Comunicación. Universidad Autónoma del Estado de México, 2001), repasa esa vieja problemática que rodea a las revistas científicas y académicas de México y que, aún hoy, continua siendo un auténtico nudo gordiano. Es, como dice Patricia Magaña en la introducción, un eterno “luchar porque (las revistas) tengan los recursos económicos y humanos apropiados, así

como una valoración adecuada, es una labor colectiva que implica convencer a amplios grupos de lo valioso de este trabajo.”

En México, la investigación científica se gesta y se desarrolla en las instituciones públicas de educación superior. En los centros de investigación del sector público se realiza una pequeña parte de esta actividad, pero en las instituciones particulares de educación superior y empresas privadas de México, sectores que en los países desarrollados constituyen la principal fuente de apoyo y promoción de la investigación científica, la contribución a este propósito es casi inexistente.

Por tal motivo se dice que en México la ciencia es una labor del estado. No porque pertenezca a él, sino porque casi la totalidad del financiamiento y las líneas de investigación provienen de allí. Por el contrario, según Mikkelsen, en su estudio sobre revistas científicas universitarias estadounidenses, en los países desarrollados la industria es la principal promotora de ciencia y en segundo lugar las universidades. El estado juega un papel preponderante como socio o promotor de ciertas líneas.

Asimismo, gran parte de los principales canales de comunicación utilizados por los científicos de países desarrollados son privados, asunto impensable en México. Estos canales, que no son otra cosa que los *journals* o revistas científicas, se caracterizan por tener en común una serie de estándares aceptados universalmente, que les permite seleccionar los trabajos más originales y de mejor calidad. El **Institute of Scientific Information**, a través del *Science Citation Index*, es uno de los evaluadores de la calidad de las revistas e incluye alrededor de 5,200 revistas de un mundo editorial científico de aproximadamente 150,000 revistas de ciencia.



¹ Prof. Titular C. Programa Ambiental. DICA, Instituto de Ingeniería. UACJ. Correo-e: vgarza@uacj.mx

Para hablar de ciencia en México es preciso hablar de comunicación científica. La mayoría de los investigadores mexicanos pertenecientes a las denominadas *ciencias duras*, comunican sus hallazgos a sus pares tomando como única referencia, para la elaboración de sus reportes, los estándares internacionales del *Science Citation Index* y desdeñando las revistas científicas nacionales que no se hallen en esa lista, las cuales constituyen la inmensa mayoría de las revistas científicas y/o académicas que se publican en el país.

El motivo del malinchismo científico, como apunta Schoijet en su colaboración, no es en razón única de alcanzar niveles de calidad y proyección internacional, sino de validar internamente, en la comunidad científica y académica mexicana, un sistema de reconocimiento y premios a quienes publiquen un determinado número de artículos al año en alguna de esas 5,200 revistas indizadas.

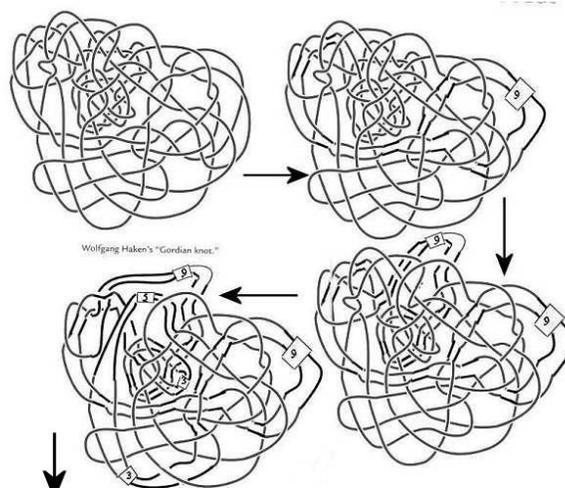
Es por esto que en el medio científico mexicano ya no sólo cuenta la antigua máxima de *publicar o morir*, como lo menciona Loría en su aportación, sino que “ahora deben añadirle a esa frase el dónde se publica y el número de citas de trabajos para que los sistemas de evaluación le otorguen valor.”

“El que la información científica de un país se publique en ese mismo lugar es importante, debido a que ésta no sólo estará disponible para otros investigadores sino también para los diferentes sectores...” dice Quintanilla, otro de los coautores, pero tal parece que muchos de los investigadores no lo hacen así y renuncian a publicar en medios científicos mexicanos, ya que eso les resta presencia entre sus colegas y bajo puntaje cuando les evalúa el Sistema Nacional de Investigadores para el otorgamiento de recompensas.

Producir ciencia de estado en México y exigir a los investigadores que alcancen la altura de salto de los investigadores de los países desarrollados,

quienes practican la denominada *super ciencia* y que además cuentan con todo el respaldo económico de corporaciones internacionales y universidades, es un absurdo; principalmente a nivel de universidades de provincia.

No solamente porque, como lo han detectado algunos estudios, el **factor de impacto** de sus publicaciones es pobre; es decir, colegas de otras naciones no leen ni citan a los investigadores mexicanos, sino porque, como lo señala Blackett, los investigadores no se preocupan “lo suficiente en cuanto a los efectos que tienen sus descubrimientos –para bien o para mal– sobre la sociedad.” Y no sólo eso, no se preocupan porque a la sociedad le llegue información de sus actividades.



“Lo que es pequeño seguirá siéndolo, aunque quiera ser grande”, dijo el sabio chino Lin Tai Wao. Y ese es el caso de la ciencia mexicana. Es importante publicar internacionalmente pero es más preocupante no hacerlo internamente; nuestros problemas y nuestros intereses generalmente no son asunto de otros investigadores, como apuntan Pescador y

colaboradores en otro capítulo del libro. Estar en los grandes escaparates no hará grande a la ciencia mexicana, y la realidad es que los científicos mexicanos apenas publican por encima de 300 artículos al año en revistas indizadas, afirma Wyatt Gibbs.

Y si a esto se le suman los prejuicios étnicos, geográficos, educativos e intelectuales de los pares evaluadores, no es garantía de impacto convertir al inglés y poner evaluadores internacionales a las publicaciones científicas mexicanas. Esto lo detectó Pescador al estudiar la conversión, del francés al inglés, de la revista *Anales* del Instituto Pasteur de París. Pescador pudo demostrar que el factor de impacto entre los investigadores internacionales no varió y, en cambio, la revista perdió lectores de francés. “Una revista mexicana, dice, tendría menos probabilidades de aumentar su factor de impacto que la revista francesa estudiada.”

La ciencia en México es pequeña y de corte clásico, nada parecida a la *super ciencia* ni a la *tecno ciencia* que se realiza en las naciones desarrolladas. Podemos medir su actividad en función de la producción de artículos científicos publicados e indizados internacionalmente. Y aunque esto pueda decir mucho sobre la calidad de los trabajos, habla poco sobre su impacto. No del factor impacto, que se evalúa según las veces que un autor es citado por otro en revistas de igual valor, sino del impacto social de su trabajo de investigación; es decir, que beneficios tangibles aporta su trabajo de investigación a la sociedad que lo cobija.

Ya expertos han ensayado escribir artículos de carácter científico pero de contenido ficticio, o tratado de publicar artículos reconocidos en alguna área de la ciencia pero bajo título y nombre de autores inexistentes, y han logrado que sus “fraudes” sean publicados o aceptados en revistas internacionales del más alto arbitraje. Estos engaños a los comités evaluadores de revistas, se han hecho para probar que no necesariamente los pares evaluadores se las saben de todas ni que lo publicado en un medio científico prestigioso sea enteramente válido.

Tal es el caso de Jan Hendrik Schon, la estrella científica de los laboratorios Bell, que publicaba en promedio un artículo científico cada dos semanas en las mejores revistas del mundo. Se descubrió que manejaba la información y que, entre 1998 y 2001, alteró la información en al menos 16 ocasiones. Este es el primer caso de fraude científico en la historia de los laboratorios ganadores del Premio Nobel.

Paradójicamente, mientras que en México las revistas académicas luchan por sobrevivir dado el escaso interés y apoyo dentro de las instituciones universitarias o de investigación oficial, y habido el poco valor que les otorgan los sistemas evaluadores propios, en el país vecino del norte las instituciones de educación superior tienen la obligación de producirlas, publicarlas y mantenerlas.

En su estudio *Revistas universitarias de investigación: Propósitos y características del escenario de la escritura científica* (1994), Mikkelsen menciona que la publicación de dichas revistas es un compromiso que las universidades adquieren con quienes les financian las investigaciones que se desarrollan

en ellas, como una forma de difundir las actividades que llevan a cabo, los resultados obtenidos y el posible impacto de su trabajo en el sistema de la ciencia y en la sociedad.

El esquema de esas revistas universitarias de investigación cae dentro de las llamadas multidisciplinarias o de divulgación científica. Y la divulgación de la ciencia, que es el marco por el cual se debe dar el llamado “entendimiento público de la ciencia”, actividad que promueven, financian y reconocen los consejos y academias de ciencias de muchos gobiernos de países desarrollados –para que la sociedad comparta por derecho información sobre lo que están haciendo las instituciones públicas– en México es discriminada.

Y mientras que en aquellas naciones se profesionaliza el quehacer del escritor de ciencia y tecnología y se instituyen sus espacios de trabajo, en nuestro país se le cierran los caminos hacia la formalización de su labor. Paradójicamente algunos de los investigadores que claman por altos niveles de evaluación, se autoproclaman promotores de la divulgación de la ciencia en México. Habrá científicos que podrán o no estar interesados en divulgar la ciencia, pero es un hecho que esta actividad no debe de quedar en manos de gente cuya principal preocupación es la producción de artículos indizados; ni en manos de administradores universitarios que jamás han escrito ni publicado una sola línea.

Y mientras que en aquellas naciones se consolidan y se siguen creando programas de enseñanza universitaria y posgrado para formar escritores de ciencia, en México se piensa que el escritor de ciencia –como el poeta– nace no se hace. Pero se equivocan, el escritor de ciencia se hace, no con un “cursito” como otros piensan, sino a golpes de experiencia y a largo plazo.

Finalmente, con la creación de bases de datos electrónicas en línea desde mediados de los años setenta hasta la aparición del Internet en los noventa, y con el surgimiento de las computadoras personales y su consecuente popularización, se formó una nueva actitud de trabajo intelectual y consulta de datos.

Algunas revistas de “ciencias duras” altamente especializadas, como el *Physical Review Letters* y *Physics Today*, que son toda una tradición en calidad e impacto, según Hernández y Méndez,

coautores con Loría, cuentan, además de su versión impresa, con versiones electrónicas en la Internet. Los precios entre una y otra versión varían. La revista *Science*, por su parte, otorga a sus suscriptores el derecho de acceder a los archivos electrónicos que mantiene en línea. Y como las mencionadas existen muchas otras revistas científicas que han aprovechado favorablemente la red.

Hay asociaciones científicas, como la internacional de física, que ya tienen fecha para dejar de publicar en papel sus revistas y hacerlo exclusivamente vía Internet. Las ventajas de

estas publicaciones son que estarán accesibles desde cualquier lugar del mundo donde haya red, abaratarán costos de publicación y el costo al público lego será menor.

Finalmente, debo mencionar que *Viejos y Nuevos Dilemas de las Revistas Académicas* analiza la problemática nacional y sirve de guía a quienes pretendan incursionar en este medio especializado.



Alejandro Cortando el Nudo Gordiano